

Acumulación originaria y neoliberalismo en Chile

ORIGINAL ACCUMULATION AND NEOLIBERALISM IN CHILE

Jorge Olivares Rocuant

Universidad de Chile, Santiago, Chile

<https://orcid.org/0000-0003-1818-1738>

jorgeolivares@uchile.cl

RESUMEN: El texto presenta la noción marxiana de “acumulación originaria”, argumentando que no refiere solo a un momento histórico que pertenece al pasado, sino que se presenta como la condición de posibilidad del capital. La acumulación originaria, así, se despliega como modo fundamental que organiza la producción y acumulación capitalista, tanto como el modo de reproducción y disposición de las relaciones sociales en modo mercado. Acumulación violenta que, por su fuerza ejecutiva, ha reorganizado en cada crisis del capital las nuevas condiciones de (re)producción y servidumbre. Posteriormente, el artículo relaciona la acumulación originaria con el capitalismo en su modo neoliberal, trazando coordenadas en el Chile colonial de Pedro de Valdivia y el Chile neoliberal que estalló con la revuelta de octubre de 2019.

PALABRAS CLAVE: acumulación originaria, servidumbre, capitalismo colonial, dictadura chilena, democracia neoliberal.

ABSTRACT: The text presents the Marxian notion of “original accumulation”, arguing that it does not refer only to a historical moment that belongs to the past, but that it is presented as the condition of possibility of capital, as

a fundamental mode that organizes capitalist production and accumulation, both as the modes of reproduction and disposition of social relations in the commodity mode. It is a violent accumulation then that, by its executive force, has reorganized in each crisis of capital the new conditions of (re) production and servitude. Then, the article relates the original accumulation to capitalism in its neoliberal mode, tracing coordinates in the colonial Chile of Pedro de Valdivia and the neoliberal Chile that exploded with the social revolt of October, 2019.

KEYWORDS: original accumulation, servitude, colonial capitalism, Chilean dictatorship, neoliberal democracy.

“Cada fase de la globalización capitalista, incluida la actual, ha venido acompañada de un retorno a los aspectos más violentos de la acumulación originaria, lo que demuestra que la continua expulsión de los campesinos de la tierra, la guerra y el saqueo a escala global y la degradación de las mujeres son condiciones necesarias para la existencia del capitalismo en cualquier época.”

SILVIA FEDERICI, *Calibán y la bruja*

Marx nos explica que el proceso de acumulación capitalista supone una “acumulación originaria” como punto de partida, algo así como el “pecado original” de la economía política que sucedió en tiempos muy remotos. Con sarcasmo, se refiere a la división entre “una elite diligente” que acumuló riqueza y “una pandilla de vagos y holgazanes” que, “por no tener nada que vender excepto su pellejo”, se constituyó en la gran masa empobrecida¹. Esta acumulación originaria –sigue

¹ El sarcasmo de Marx respecto de la “acumulación originaria” deriva de su rechazo al término acuñado por Adam Smith, particularmente por la tonalidad ahistórica que le da a esta noción. (Smith 86 y 108) Al respecto, el profesor De Angelis nos indica que “aunque nunca utiliza el término, Adam Smith fue el primero en referirse a esta noción, afirmando que ‘la acumulación de stock’ es una precondition para la división del trabajo y, en consecuencia, para el acrecentamiento del poder productivo del trabajo” (De Angelis 3).

Marx— se realizó fundamentalmente con base en la violencia: “la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo. (...) La llamada acumulación originaria no es, por consiguiente, más que el *proceso histórico de escisión entre productor y medios de producción*”² (*El capital* I, vol. 3, 891, cursivas del autor).

En el marco interpretativo que se organiza en torno a la recepción de este concepto fundamental en la analítica del capital podemos identificar dos enfoques ya clásicos, que difieren en su acentuación y, por tanto, en sus consecuencias analíticas. El primero lo representa Vladímir Lenin y se focaliza en el proceso histórico de transición que implica la acumulación originaria, en tanto consiste en el momento en el que la sociedad pasa de un modo de producción a otro, el cual se simboliza en esta separación entre los medios de producción y los productores. Para Lenin, la expropiación y desaparición de las comunidades campesinas rusas como condición del mercado capitalista era inevitable, aun considerando todas las contradicciones que dicho proceso presentaba material y teóricamente (42-45).

Este enfoque que privilegia el sentido histórico de la acumulación originaria fue compartido y desarrollado por el influyente Grupo de Historiadores Marxistas Británicos³, formado en la segunda mitad del siglo XX. Para este grupo de intelectuales, este momento se ca-

² En la nota *a* de la página 893 del tomo primero de *El capital*, Marx clarifica el sentido “bio-necro-político” del cambio en el régimen de subsistencia de las personas: “Con ello, el movimiento histórico que transforma a los productores en asalariados aparece por una parte como la liberación de los mismos respecto de la servidumbre y de la coerción gremial, y es este el único aspecto que existe para nuestros historiadores burgueses. Pero, por otra parte, esos recién liberados solo se convierten en vendedores de sí mismos después de haber sido despojados de todos sus medios de producción, así como de todas las garantías que para su existencia les ofrecían las viejas instituciones feudales. La historia de esta expropiación de los trabajadores ha sido grabada en los anales de la humanidad con trazos de sangre y fuego” (894-894)

³ Algunos de sus miembros destacados fueron: Edmund Dell, Maurice Dobb, Christopher Hill, Rodney Hilton, Charles Hobday, Eric Hobsbawm, Victor Kiernan, A. L. Morton, George Rudé, Raphael Samuel, John Saville, Dorothy Thompson, E. P. Thompson y Dona Torr.

racteriza por el asentamiento del “mercantilismo”, aquel concepto técnico –y diríamos aséptico– de la historia económica que refiere a la acumulación de derechos de propiedad para la especulación y la transformación del patrimonio acumulado en medios efectivos de producción (Dobb 215-262).

El segundo enfoque interpretativo lo representa Rosa Luxemburgo y consiste en su original forma de ver el saqueo colonial operado por el capital europeo como una característica fundamental y ya no exclusiva –como indica Marx– del periodo de la llamada “acumulación originaria”, sino entendido como un proceso constitutivo del capitalismo incluso en su plena madurez (Luxemburgo 350)⁴ –y que nosotros constatamos sigue operando en la actualidad–. Siguiendo la deriva de Luxemburgo, este momento originario del capital es aquel que transforma la actividad humana desde un modo abstracto del “hacer” al modo “trabajo”. De ahí que este proceso implique también la separación del trabajo respecto de otras formas del hacer para privilegiar la forma de socialización mercantil de las relaciones. Como plantea John Holloway, “lo que la teoría liberal saluda como la liberación de los siervos, fue un cambio en la naturaleza de su servidumbre” (127).

Aquí es fundamental comprender la noción de “libertad” del capital para que la valoración ideológica que comporta no induzca a error. Esta noción refiere específica y originariamente a la libertad del trabajador de vender su fuerza de trabajo. Por lo tanto, refiere al vaciamiento respecto de la propiedad de sus condiciones de trabajo, esto es, de los medios de producción. En este sentido, se alude a la libertad de quedar a la deriva del mercado del trabajo, consistente con esa nueva forma de servidumbre que comenzó a operar con regímenes de funcionamiento inéditos que no tardaron en imponerse mediante la fuerza del sometimiento de los cuerpos. Se trata del sometimiento

⁴ Para la actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo, consultar el trabajo de Isabel Loureiro citado en la bibliografía. Para las observaciones metodológicas a la crítica de Luxemburgo de los esquemas de reproducción de Marx, véase el trabajo de Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de El Capital de Marx* (2004).

que la colonización latinoamericana impuso con una crudeza sin parangón, pues la maquinaria de guerra esclavista no concedía –a esa otredad que había que humanizar– categorías modernas, que eran aplicadas solo al hombre blanco europeo.

Esta violencia constitutiva y originaria del capital no es un momento histórico que pertenece al pasado, no es una escena inicial superada por la gestión capitalista. La acumulación originaria es la condición de posibilidad del capital, es el modo fundamental que organiza la producción y acumulación capitalista, tanto como el modo de reproducción y disposición de las relaciones sociales en modo mercado. En consecuencia, el capitalismo no es una formación evolutiva más elevada que emerge del feudalismo, sino “la respuesta de los señores feudales, los mercaderes patricios, los obispos y los papas a un conflicto social secular que había llegado a hacer temblar su poder” (Federici 37). Esta respuesta se da en el marco de las luchas generadas por la emergencia y desarrollo de la “servidumbre”, esa relación de clase que se generó y dominó el modo de existencia de la sociedad feudal, homogeneizando “las condiciones de los antiguos esclavos y de los trabajadores agrícolas libres, relegando a todo el campesinado en una relación de subordinación” (Federici 41).

En este sentido, es pertinente la indicación de Silvia Federici respecto de la particularidad de este periodo de descomposición del feudalismo europeo que se extiende entre 1450 y 1650, aproximadamente, respecto a lo que algunos denominaron como “transición al capitalismo”⁵. La distinción se hace necesaria en la medida en que la noción de “transición” sugiere “un desarrollo gradual, lineal, mientras que el periodo que nombra fue uno de los más sangrientos y discontinuos de la historia mundial” (Federici 99-100). Esa es la razón por la cual Federici prefiere el término marxiano de “acumulación originaria” para referirse a los “procesos sociales que caracterizaron la reacción feudal y el desarrollo de relaciones capitalistas” (*ibid.*).

⁵ Aquí Federici se refiere a los historiadores británicos de los años cuarenta y cincuenta que ya aludimos en la nota número 3.

Aun cuando coincide tanto con la crítica que realiza Samir Amin respecto del uso eurocentrista que le da Marx a la noción de acumulación originaria como con la crítica de María Mies, la cual refiere a la no inclusión marxiana de la explotación de las mujeres en la lógica de la acumulación originaria, Federici precisa:

La expropiación de los medios de subsistencia de los trabajadores europeos y la esclavización de los pueblos originarios de América y África en las minas y plantaciones del “Nuevo Mundo” no fueron los únicos medios para la formación y “acumulación” del proletariado mundial. Este proceso requirió la transformación del cuerpo en una máquina de trabajo y el sometimiento de las mujeres para la reproducción de la fuerza de trabajo. (...) La acumulación originaria no fue, entonces, simplemente una acumulación y concentración de trabajadores explotables y capital. Fue *también una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora*, en la cual las jerarquías construidas a partir del género, así como las de “raza” y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de clase y de la formación del proletariado moderno (Federici 104, cursivas del original).

En este sentido, y retomando la importancia de la tesis de Rosa Luxemburgo para la teorización feminista de la década de 1980, Isabel Loureiro nos indica que “el trabajo flexible, precario, mal remunerado –o no remunerado– de las mujeres se ha convertido en el punto de referencia para la acumulación del capital a gran escala” (s/p). De ahí que, para María Mies, la naturaleza, las mujeres y las colonias fueron centrales en el proceso de acumulación del capital.

Así, lo que se quiere dejar asentado es esta potencia extractiva y transformadora que comporta la acumulación originaria, ya no solo como el momento inicial o transicional de la historia de la acumulación capitalista, sino como el modo de actualización de la expansión e intensificación del capital. Por ejemplo, si tomamos en cuenta los procesos tempranos de acumulación originaria en Europa desde el siglo XVII respecto de las acumulaciones “retrasadas” en el socialismo

real de la Unión Soviética o de aquellas ocurridas en el denominado Tercer Mundo, podemos observar grandes distinciones en sus recorridos históricos. A su vez, se evidencian las intensidades sociales y económicas en cada uno de ellos. Sin embargo, hay algo común a todos: el cambio violento de las formas tradicionales de producción y subsistencia directa e inmediata a los modos de dependencia salarial, masivos y forzados que demandan la mercancía moderna (Kurz 222).

En la misma línea argumental podemos ejemplificar la actualización de la acumulación originaria que realiza David Harvey con la noción de “acumulación por desposesión”. El autor considera ineficaz la adjetivación de “primitiva” u “originaria” pues, a su juicio, parece no dar cuenta del “rol permanente” y de la “persistencia de prácticas depredadoras de acumulación (...) a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital” (*El enigma* 112-113)⁶. En términos muy simples, para Harvey la acumulación por desposesión permite reunir los medios necesarios para iniciar un negocio. En este proceso no habría distinción en la manera de lograrlo. Puede ser de manera legal, privatizando los recursos de propiedad común —como el agua, por ejemplo—, o por medio de la expropiación de activos, adquisiciones hostiles, quiebras fraudulentas, especulación en tiempos de crisis, entre muchas otras formas; o de manera ilegal, por medio de la violencia, criminalidad, por fraude y prácticas depredadoras, o por tráfico de drogas, lavados de dinero, guerras, etcétera.

⁶ En *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Harvey realiza una puesta al día en términos contextuales y procedimentales de la acumulación contemporánea en relación con el “rango amplio de procesos” de la acumulación originaria, los cuales incluyen según Marx, “la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad —común, colectiva, estatal, etc.— en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; y la usura, la deuda pública y, finalmente, el sistema de crédito. El estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover estos procesos” (113).

CHILE COLONIAL

Para pensar la acumulación originaria como marco del neoliberalismo chileno, necesitamos retrotraernos al marco que instala el capital en el Chile colonial, pues el epítome de la acumulación originaria del capital se ejerce en las colonias americanas desde el siglo XVI. Esta máquina extractiva –que en su acumulación funda la noción de comunidad europea subsumiendo su otredad: racial, sexual y de clase– erige un modelo de politización soberana que sentará las bases de una economía del poder que acompaña al modo capitalista hasta nuestros días. Para el historiador Gabriel Salazar, los intentos por realizar una historia económica que dé cuenta del tipo de capitalismo que ha modulado la historia de Chile han estado marcados por una escasísima investigación del periodo comprendido entre 1541 y 1930. Se trata del periodo que los historiadores nacionales desarrollistas han resumido conceptualmente como de “colonización” y “subdesarrollo”, el cual se apuraron en diagnosticar como aquel momento donde el capitalismo español, inglés y estadounidense expropió sistemáticamente nuestro excedente económico nacional, dejándonos en el subdesarrollo. Posteriormente, el Estado y sus políticos desarrollistas (1938-1973) se habrían opuesto a esta expropiación mediante la instalación de la idea de nacionalización⁷. Gesta heroica y patriótica reconocida como una segunda independencia de carácter nacional-desarrollista y antidependentista que terminaría con la catástrofe económica en que nos mantenían los conglomerados extranjeros, catástrofe que, por supuesto, era efecto de la “contribución combinada de un capital extranjero con vocación cleptómana y de una burguesía nacional con vocación concupiscente” (Salazar 24).

Estos análisis sobre el subdesarrollo tienen como base la periodización de la historia de Chile desde dos ópticas: una basada en el patriotismo ideológico que gira en torno al Estado y su vocación

⁷ El Estado decide retener parte del excedente históricamente expropiado, a la vez que sustituye las importaciones de bienes de consumo por la producción industrial nacional de dichos bienes.

nacionalista, que con base en su función político-estatal define los aspectos sociales, económicos y culturales de la población; la otra, de carácter economicista y particularmente “circulacionista”, pues está fundada en el registro evolutivo de nuestro comercio exterior, que confronta los modos de producción mundial para ver la posibilidad de reconocer un modo de producción específico de Latinoamérica. Ambas ópticas tendrían, como efecto, el pesado sentimiento de la omnipresencia del capitalismo, que impediría el desarrollo de los pueblos, opacando la posibilidad de pensar los procesos específicos y las diferencias del país. Además, ambas poseen una perspectiva panorámica y contextual más allá de las contingencias, fundamentales para evitar “la aparición de ideologías desesperadas” y de “exabruptos teóricos de Izquierda o de Derecha” (*ibid.*), que, por cierto, inundan nuestra historia nacional. A contrapelo de esta periodización, Salazar propone tentativamente otra formación de la economía nacional que surgiría del estudio de sus relaciones y procesos internos (29-30).

Pero más acá de las etapas históricas y, por cierto, de la discusión teórica que no podemos pasar por alto en torno a la destrascendentalización conceptual cuando pensamos los procesos históricos, aquello que nos interesa notificar aquí es la modalidad de la acumulación originaria en el proceso de instalación capitalista y posterior neoliberalización de la República de Chile. Lo que nos interesa es pensar nuestra historia efectiva –al decir de Foucault–, es decir, la emergencia de las singularidades que se movilizaron en esos procesos, por lo tanto, con la certeza de que la teoría debe emerger de sus condiciones materiales, y por lo mismo, no estar más determinada por el peso de sus conceptos teórico-abstractos que por el peso empírico de las fuentes, como enfatizamos con Salazar *supra*.

La expansión del capitalismo, entendido como intercambio comercial a través del mundo, tuvo como consecuencia inicial una agudización diferencial de las particularidades de los múltiples modos de producción precapitalistas que existían en las diferentes zonas del sistema mundial de comercio:

Históricamente, el capital mercantil se formó, expandió y llegó a ser dominante enlazando y subordinando (por lo común, por la fuerza) una amplia variedad de formaciones productivas primitivas, que se convirtieron en fuentes tributarias del sistema mundial así creado. En todos los casos, las relaciones que el capital mercantil (mundial) estableció con esas formaciones productivas primitivas fueron asimétricas, de subordinación, o “colonizantes” (que no implicaban relaciones simétricas entre pares, como son las “de mercado”). Este tipo de relación, basada en la coacción y la exacción más que en la transacción, permitió al capital mercantil beneficiarse de lo que se llamó *acumulación primitiva* (Salazar 34, cursivas del autor).

El capital comercial-mercantil mantuvo, hasta mediados del siglo XIX, su hegemonía a través de una “red heterogénea” de modos productivos precapitalistas, los cuales fueron expoliados para su propio beneficio, generando el empobrecimiento general de las poblaciones afectadas por estos dispositivos de acumulación originaria. Dispositivos que, por cierto –nos indica Salazar–, se multiplicaron con “infinitas variaciones”. En el caso de Chile, se creó un “modo mercantil autóctono de acumulación” que significó el fin de las economías indígenas “tributarias” y el inicio de una “red productiva específicamente colonial” (*ibid.*). Este “modo de producción colonial” tuvo en Chile características específicas más acordes con el sistema mercantil de conquista, poblamiento y reproducción que con el modo de producción feudal europeo (precapitalista y premercantil). En este sentido,

[e]n Chile, la economía colonial fue un descendiente directo del sistema mercantil, pero, antes que nada, *como forma productiva*. Es como tal forma productiva que Chile inició, en el siglo XVI, su vida económica, y a partir de ésa desarrolló con el tiempo, primero, un modo mercantil de acumulación (copia del sistema implantado por su progenitor), y, más tarde, una forma específica de *transición* al capitalismo industrial (del cual no tuvo progenitor). Se puede decir, por esto, que Chile roturó un camino propio hacia el capitalismo (Salazar 34, cursivas del autor).

El primer movimiento fundamental en la instalación del capitalismo en Chile fue la transformación que experimentó la “empresa mercantil de descubrimiento, conquista y saqueo” en “empresa popular de producción y colonización” a mediados del siglo XVI. Agotados los tesoros, las tripulaciones de los mercantes de conquista estallaron en conflictos y desórdenes debido a la insatisfacción de la promesa incumplida: salir de la pobreza y la miseria de la cual venían. El precario equilibrio, consistente en la empresa mercantil de acumulación originaria de patrocinio político-religioso monárquico con los objetivos comerciales y militares de la tripulación popular de aventureros que buscaban riquezas, se desintegra por efecto de la miserable realidad de la conquista: sin riqueza que saquear hubo que trabajar productivamente:

Los tiempos y los hombres cambiaron: Diego de Almagro, el fracasado conquistador tuerto que vino a Chile a buscar tesoros y tuvo que regresar, dio paso a un Pedro de Valdivia que, con ambos ojos, miró hacia horizontes productivos lejanos, y se quedó (Salazar 37).

La empresa popular de producción y exportación fue asentando una red de ciudades coloniales que se arraigaron territorialmente, desatando la lucha por los Mercados y, por consiguiente, por los Estados. Este es el sentido “empresarial” que Salazar otorga al avecindamiento de Pedro de Valdivia y compañía en 1541, pues al asumir un horizonte de producción y exportación, la consecuencia inevitable sería la “autonomización” del sistema mercantil que los había creado. La impronta socialista de su analítica se deja ver en la potencia otorgada a la progresión inevitable de las fuerzas históricas: una producción colonial que forzaría luego una política nacional que se consumaría como fuerza capitalista industrializadora, extractivista y explotadora.

Estas fuerzas se desarrollaron sobre los incesantes procesos de acumulación originaria que nunca dejaron de aplicarse, expropiando los medios de producción –tierras, minas e indios–, explotando la fuerza de trabajo –donde la coerción laboral indígena generaba una

plusvalía total y de por vida—, monopolizando el comercio interno y el crédito hasta la usura y confiscando violentamente a deudores sus medios de producción para saldar deudas impagas. Todas estas acciones se llevaban a cabo bajo alero de la precaria, corrupta y coludida institucionalidad político-burocrática existente que había auspiciado la “burguesía mercantil”. Durante los siglos XVII y XVIII, en Chile,

el mercader invirtió dinero en comprar y vender mercancías a otros mercaderes, pero no invirtió o usó dinero sino coacción, *lobby* político y fuerza armada (violencia) para “apropiarse” de los recursos naturales, la fuerza de trabajo o los medios de producción de los actores productivos (Salazar 50).

Los productores, que no pudieron bajar sus costos de producción e incrementar su productividad sofisticando y modernizando sus medios de producción, solo pudieron responder al expolio mercantil llevando al límite el trabajo peonal: aumento de las horas e intensidad de las labores del trabajador, desmonetización salarial por medio del pago por fichas y agudización del extractivismo y del consumo de los recursos naturales disponibles. Este desarrollo acumulativo del modo de producción colonial chileno —nos indica Salazar— avanzó hasta mediados del siglo XIX sobre las mismas bases.

Aquí resulta fundamental, para nuestro análisis, enfatizar la relación empresarial que la economía-política, en su modalidad más primigenia, mantiene desde sus inicios en el Chile “colonial” y en el posterior periodo “republicano”. Asociando el progreso mercantil, y luego industrial, con la instalación y desarrollo de las primeras ciudades coloniales, resulta evidente la relación fundacional e intrínseca entre capitalismo y Estado-nacional para la lectura del caso chileno posterior a la conquista española, en el sentido de que la historia de Chile no habría sido sino también una historia de la acumulación capitalista, acumulación que particularmente en el siglo XX habría sido enteramente desnacionalizada por los conglomerados extranjeros. Da la impresión de que el germen de la racionalidad neoliberal ya estaba incubado desde el principio, pues el desarrollo del mercado

(moderno) siempre se ha apoyado en el Estado, tal como lo indicaban los análisis de Marx, de Weber y de Polanyi. Lo anterior resulta central para el análisis de Laval y Dardot en cuanto a la desmitificación de aquella confusión analítica en la que el neoliberalismo es la intensificación de la acción del mercado coaccionando y ahogando las posibilidades de respuesta de los Estados (17). Se trata de una confusión instalada y explotada por el discurso de las democracias contemporáneas (neoliberales) para mantenerse en la comodidad de esa opresión que no las dejaría gobernar cuando, justamente, lo que más intensamente estaban ejecutando era el gobierno total. Esta forma de dominación estructura y organiza tanto la acción de los gobernantes como la conducta de los gobernados (Laval y Dardot 15) por medio del conjunto de discursos, prácticas y dispositivos que en Latinoamérica fueron instalados por la fuerza de esos nuevos (pero viejos) procedimientos y técnicas de acumulación originaria que antaño habían utilizado los conquistadores. Sin embargo, ahora estos se ejecutarían de manera actualizada mediante las formas dictatoriales que desplegó otro imperio, ya no el español, sino el norteamericano, soterradamente.

Como indicábamos más arriba, si la historia del Chile del siglo XX fue la historia de la acumulación capitalista de los conglomerados extranjeros, el intento de nacionalización –en términos de una estatización– del proceso de acumulación capitalista llevado a cabo por el gobierno de Salvador Allende, e impulsado antes por el gobierno de Frei Montalva, moviliza los intereses nacionales populares, creando así expectativas sociales y económicas en la población más precarizada. Sin embargo, esto también generó incertidumbre y alarma en los capitales extranjeros y las clases acomodadas, que no tardaron en propiciar las condiciones políticas y económicas para el golpe de Estado de 1973. Así, el golpe de Estado sería un hecho histórico que nos devuelve, según la argumentación que hemos sostenido, al procedimiento elemental que el capital ha utilizado para ejecutar sus crisis de rearticulación de sus procesos de acumulación a lo largo de sus diferentes modos de producción: mercantil, colonial, industrial,

neoliberal. En otras palabras, la fuerza de la violencia, el robo, el despojo, las campañas de pacificación contra las poblaciones indígenas y los golpes de Estado en América Latina son herramientas para la rearticulación y sofisticación del modo de producción capitalista en su singularidad neoliberal. Se trata, en definitiva, de la instalación de la “nueva razón del mundo”.

CHILE NEOLIBERAL

Ahora, si pensamos en el Chile neoliberal y el proceso de acumulación capitalista, habría que partir definiendo brevemente la noción de “neoliberalismo”. En teoría, es una forma de promover una concepción del bienestar humano por medio de prácticas político-económicas que optimizan el “libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio” (Harvey, *Breve historia* 6). Es en ese espacio de libertad donde el Estado solo puede tener una mínima intervención, facilitando el marco institucional para el desarrollo de este modelo y para mercantilizar aquellas áreas que tradicionalmente formaban parte de la administración estatal: recursos naturales, salud, seguridad social y educación. Este proceso de privatización se produce en nombre de la dignidad y libertad individual, conceptos que comportan para el ideario simbólico de las sociedades modernas una potencia fabulosa *per se*. Sin embargo, en la práctica, el neoliberalismo es mucho más: es la operación de subsunción total que ejecuta el capital sobre todas las categorías que organizaban el relato moderno. Su especificidad radica, justamente, en capitalizar esa potencia simbólica, “alcanzar a los cuerpos y capturarlos por la palabra en su dependencia estructural”. En este aspecto, “el neoliberalismo necesita producir un ‘hombre nuevo’ engendrado desde su propio presente, (...) un hombre ‘líquido’, fluido y volátil como la propia mercancía” (Alemán 51)⁸. En este contexto,

⁸ Aquí, Jorge Alemán está pensando la dependencia estructural en términos del

resulta necesaria la producción de individuos destemporalizados que puedan estancarse en el flujo del mercado, en la ilimitada repetición de una vida dispuesta para la cadena capitalista de la producción/consumo, desarrollando una subjetividad que vacila entre la compulsión afirmativa y la depresión respecto de su valorización como capital humano (Ehrenberg 146-162). Por lo tanto, se instala la idea de que el neoliberalismo es más que una ideología, más que una política económica, es una “racionalidad” que gobierna y que rige las conductas humanas desplegando dispositivos en su amplia diversificación. Se trata de aquello que Laval y Dardot nos indican que operaría como un modo racional del capitalismo contemporáneo a través de la lógica empresarial y de la acción por competencia (15).

Esa racionalidad —que el Chile neoliberal tenía normalizada hasta octubre de 2019— fue asolada por una implosión poblacional⁹ que se levantó en revuelta subversiva respecto de ese estado de excepción que regimentaba nuestra cotidianeidad impuesta de golpe por la dictadura cívico-militar y que posteriormente se intensificó en los gobiernos de la “transición”. Racionalidad que se implementó en dos fases que responden a un mismo horizonte: el aseguramiento

discurso lacaniano, en cuanto “almacén o estructura que implique lugares o términos, y que es la matriz de cualquier acto en que se tome la palabra. (...) El discurso es el modo en que cada uno habita en el lenguaje. No existe el lazo social fuera de los discursos, porque el sujeto y el otro no disponen de ningún medio que establezca su vínculo en el lenguaje.” (Alemán 87, nota 1).

⁹ Utilizamos el término “poblacional” en el sentido en que lo utiliza Michel Foucault en *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France*, pues consideramos que comporta una mayor fidelidad enunciativa respecto de la condición de habitabilidad que implica la existencia de los individuos en el capitalismo neoliberal, desmarcándonos del término “pueblo” (o “popular”) y de la noción de “ciudadanía”. Ambos conceptos siguen operando ideológicamente, pero parecen no calzar con la condición del sujeto del siglo XXI. En este sentido, pensamos que la noción foucaultiana de “pueblo”, afinada en sus clases de 1978, habría sido desplazada por la noción de “población”, incluso diluida por efecto de las relaciones sociales que el capitalismo neoliberal mercantilizó. Con todo, la noción de “pueblo” o “popular” en su sentido más general y/o coloquial sigue siendo operativa en esta investigación para ciertos registros o formas literarias de enunciación no restrictivas a la argumentación foucaultiana.

del capital como modo de relacionarnos, ya no solo en términos político-económicos sino que, por sobre todo, en términos de valoraciones mercantiles¹⁰. Sostenemos que el Estado de excepción, es decir, la dictadura Pinochet contra el germen marxista, se impone justamente para posibilitar una vez más en la historia de las crisis y aseguramiento del capital el ejercicio de acumulación originaria, que posteriormente se modula en “administración de la acumulación”. Se trata de una administración que, por supuesto, podemos rastrear en la corruptela estatal, militar y policial que cada cierto tiempo el periodismo investigativo devela públicamente.

La primera fase de esta rearticulación capitalista, iniciada con el golpe de Estado de 1973, dio paso a una durísima dictadura que durante diecisiete años suspendió libertades civiles, torturando, asesinando y desapareciendo a miles de chilenos, con la consecuente destrucción de cualquier forma de política comunitaria y el desmembramiento del Estado-nación¹¹. Se trata de un Estado que se construyó con base en las formas de acumulación y explotación de la población popular por las oligarquías chilenas y los modos de modernización que el capitalismo reclamaba en su fase de industrialización y puesta al día con el progreso¹², y que en Chile atravesaba una revolución socialista democrática que ponía en entredicho al capitalismo occidental como el único horizonte democrático posible¹³. Esta alternativa se

¹⁰ Para una perspectiva más profunda de estos últimos ítems, véanse los trabajos de Anselm Postone, Robert Kurz y Moishe Postone citados en la bibliografía.

¹¹ La función de las dictaduras fue la instalación de la etapa postmoderna del capital (Avelar 313-314). En este sentido, el “golpe del 73” como “quiebre”, como umbral de “discontinuidad”, se revela no solo como una transformación política. El “golpe” produce, así, un cambio epocal, produciendo “el desplazamiento del Estado como centro-sujeto de la historia nacional, al mercado excéntrico post-estatal y post-nacional” (Thayer 124).

¹² Para un desarrollo *in extenso* de esta idea, véase el libro de Gabriel Salazar, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)* (2018).

¹³ Revolución socialista inédita en el mundo, porque se constituyó democráticamente cuando el presidente Salvador Allende asume el gobierno el 4 de noviembre de 1970 hasta el golpe militar de Estado, el 11 de septiembre de 1973.

desmarcaba del resto de los regímenes del socialismo real impuesto por las dictaduras de izquierda y, a la vez, visibilizaba el régimen de acumulación originaria sobre el cual se habían constituido la tradición democrática y republicana de Chile.

El golpe y la consiguiente dictadura lograron imponer una serie de “modernizaciones” ajustadas por los discípulos chilenos de los reconocidos economistas del capital: Friedman, Hayek y Buchanan. El golpe es el ejercicio de acumulación originaria que el capital modula en clave de reapropiación violenta. Los griegos llamaban *stásis* a esa guerra intestina que desataban en nombre de la democracia. Para estos, la primera condición de la democracia era el enfrentamiento efectivo de las fuerzas. En este mismo sentido, el nacimiento de la democracia marcaría también los primeros signos de la constitución histórica del “Estado”, el cual devendrá como una de las modulaciones de la racionalidad de lo político. Se trata de una experiencia emergente de la institución de la comunidad política que no obedece a ningún tipo de eticidad previa, ni de valoración axiológica del conflicto. La democracia, según esta lectura, no nace por virtud, sino que como facticidad, por lo que habría que aceptar que lo político es guerra. Es en este sentido que se vuelve evidente la relación que el capitalismo ha desarrollado discursivamente con la democracia. A su vez, se hace visible la relación intrínseca e histórica de las democracias con la guerra en su amplio sentido, es decir, en sus modulaciones como *bio*, *tánato* y *necropolítica*. De ahí que esta relación puede leerse mediante la estructura del silogismo: si la acumulación originaria es al capitalismo lo que la guerra es a la democracia, entonces la acumulación originaria es guerra y la guerra es siempre por la acumulación¹⁴.

¹⁴ En este sentido, la acumulación originaria “es la que proporciona el crisol de todas las funciones que la guerra desarrollará posteriormente: instalación de los dispositivos disciplinarios de poder, racionalización y aceleración de la producción, terreno de experimentación y puesta a punto de nuevas tecnologías, gestión biopolítica de la fuerza productiva misma. Pero, sobre todo, la guerra juega un papel prominente en la ‘gubernamentalidad’ de la multiplicidad de los modos de producción, de las formaciones sociales y de los dispositivos de poder que coexisten en el capitalismo a escala mundial. La guerra no se limita a ser

Esa es la verdadera trama económico-política que la dictadura instituyó por la fuerza de la violencia, desplegando el terror de Estado sobre la población chilena a punta de disciplinamiento militar y muerte en los años setenta para, así, ir afinando mediante reformas modernizadoras del capital¹⁵ un control que lentamente, en los años ochenta, reguló las relaciones sociales de la población en modo productivo¹⁶. Aparejada a esto último, se produjo una censura mediática respecto de la gestión de los cuerpos disidentes que se oponían a la estabilización dictatorial, en un intento por ocultar su cruenta y horrorosa genealogía, la cual visibilizó el régimen de verdad no solo de la dictadura, sino que también de la propia democracia neoliberal.

Según Enrique Román, los teóricos del neoliberalismo “asumen tener un punto de vista técnico y no ideológico. Sin embargo, una presentación tecnificada y remozada no logra obviar el hecho que el neoliberalismo se considera a sí mismo una cosmovisión” (123). Líneas más abajo, el autor detalla que

el pensamiento neoliberal expresó con absoluta nitidez la profundidad de su salto ideológico al transformarse en una cosmovisión, solo cuando las ideas que desde los años cincuenta venía desarrollando Gary Becker estuvieron en condiciones de ser aplicadas prácticamente en el ámbito de las políticas públicas. (...) Se postuló, entonces, que el comportamiento de cada individuo particular obedecía, en una serie de do-

la continuación de la política (exterior) de los Estados en el plano estratégico. Contribuye a producir y mantener unidos los diferenciales que definen las divisiones del trabajo, de los sexos y de las razas, sin los cuales el capitalismo no podría alimentarse de las desigualdades que desencadena” (Alliez y Lazzarato 93).

¹⁵ Las reformas modernizadoras de la dictadura se ensayaron en *El Ladrillo. Bases de la política económica del gobierno militar chileno*, libro publicado en 1992 por el Centro de Estudios Públicos, con prólogo de Sergio de Castro.

¹⁶ Esta transformación de las relaciones sociales y productivas que tiene como efecto la realización del mercado mundial es aquello que Marx denominó “subsunción real” del capital, operación que produjo la “verdadera transición” porque realizó la transformación de la economía y la política dictatorial, diluyendo la lucha de clases y la distinción entre el trabajo físico-técnico y el trabajo intelectual-crítico (Marx, *El Capital, Libro I, Capítulo VI (inédito)* 72-77).

minios diferentes, a los mismos principios fundamentales usados para las decisiones económicas. A partir de ello, logró instalar la idea que el mismo modelo explicativo propio de la economía marginalista podría ser utilizado para el análisis de los aspectos más diversos del comportamiento humano, abarcando temas tan diversos como la asignación de recursos a nivel de empresas, familias y la economía como un todo, incluyendo al Estado (125-126).

Por supuesto, esta consideración “ideológica” del neoliberalismo, —que para Román debe sumarse a sus “propuestas de política económica”, es decir, a aquello que la sociología de la economía empareja con la conceptualización de “modelo” neoliberal— es lo que nosotros hemos venido desarrollando arriba como una “racionalidad”, en la línea de Laval y Dardot: una “pragmática” política-no o política-post que opera —para recurrir nuevamente a Marx— “fetichizando mercantilmente” nuestras “veridicciones” por “gubernamentalidad”¹⁷ y/o (a la vez, si se requiere) con la vieja maquinaria soberana de guerra fundamentada o “meta-ideologizada” (subjetivada) por el gobierno global policial que administra el capitalismo.

Ahora bien, resulta necesario remarcar los distintos modos en los que se despliega el neoliberalismo para referirnos, posteriormente, a la especificidad del caso chileno. El neoliberalismo en Chile, sostenemos, tiene diferencias respecto a la conceptualización que realiza Román en relación con las influencias que fueron ejerciendo los distintos grupos de intelectuales y políticos que participaron de los diferentes periodos de gobierno, desde el golpe y la dictadura hasta las modulaciones democráticas de la concertación. La cuestión central aquí es la manera en que las distintas fuerzas sociopolíticas, intelectuales, empresariales e institucionales —militares, policiales, clericales, comunicacionales— se entrelazan para afrontar las modulaciones históricas que generan las operaciones internacionales de implementación del libre mercado posterior a la caída del socialismo en todo el mundo. Las luchas ideológicas entre liberales y conservadores promercado,

¹⁷ Estos conceptos los tomamos de la discusión foucaultiana indicada *supra*.

entre los nuevos emprendedores educados en Chicago y la aristocracia tradicional, se fueron dosificando según las animosidades del dictador. En esta misma óptica de comprensión, Renato Cristi nos aporta otros tantos elementos críticos respecto de las ideas filosóficas que se combinan en el neoliberalismo y que tendrían su origen en el utilitarismo, el hedonismo, el nominalismo, el empirismo, el convencionalismo, la teoría de juegos y, particularmente, el contractualismo. Para Cristi, es el constitucionalismo de Jaime Guzmán –inspirado en la noción de poder constituyente de Carl Schmitt que recibió de las lecturas de Luis Sánchez Agesta– el que justifica las operaciones de la dictadura cívico-militar y, a su vez, introduce el pensamiento neoliberal en la oligarquía más conservadora de Chile. Es ese mismo pensamiento el cual, junto con la influencia “carlista” contenida en la obra de Juan Donoso Cortés, sostiene las validaciones autoritarias que derivan, más tarde, en la idea del poder social, materializada en su obsesión por el gremialismo (Cristi 37). De ahí la tensión que Guzmán desarrolla entre una soberanía política y una soberanía social que hoy verificamos como tan característica del neoliberalismo. En este mismo sentido, Román indica que:

[l]os elementos autoritarios que dieron al modelo chileno sus características particulares durante el periodo dictatorial son los que hicieron posible que mantuviese una línea de progresión neoliberal consistente entre 1973 y 1989. Fue esa consistencia (rayana en el totalitarismo político e intelectual) la que le otorgó al modelo chileno su distintivo carácter represivo, altamente impermeable a todo tipo de resistencia social y política, como la que ha debido enfrentar. La discrecionalidad de un dictador como Pinochet, que equilibraba su juego de poder con el de los grupos económicos, no permitió encontrar una ruta de institucionalización real que hiciera posible el funcionamiento del modelo neoliberal en ausencia del uso de la fuerza militar o policial. Es así como en nuestro país se impuso la forma de régimen político que la literatura denomina *Neoliberalismo autoritario* (366).

Posteriormente, veremos cómo un neoliberalismo autoritario da paso a una democracia “limitada y semisoberana” que imposibilita cualquier modificación del contexto institucional, pero que administra con mayor eficiencia los “instrumentos de la política económica neoliberal”¹⁸ desarrollados por la Universidad de Chicago y complementados por los acuerdos de Basilea¹⁹ y el Consenso de

¹⁸ Román resume así los instrumentos de la política económica neoliberal: “1) Eliminación de los aranceles comerciales, de modo de inducir una apertura total (unilateral o negociada) de la economía a los mercados mundiales (reales y financieros). Con el fin de maximizar el impacto de esta medida, se le asocia una eliminación de las restricciones a los movimientos de capital desde y hacia el país, de tal modo que estos dos elementos produzcan una evolución positiva tanto en los saldos de la cuenta corriente como de la cuenta de capital de la balanza de pagos. 2) Flexibilización de las regulaciones preexistentes sobre el sector bancario y financiero, salvo aquellas propias de los acuerdos internacionales, por ejemplo, los de Basilea, en relación a los cuales solo se estima aceptable negociar el *timing* de su aplicación. 3) Búsqueda irrestricta del equilibrio macroeconómico, mediante la reducción del déficit fiscal y los gastos del gobierno, incluyendo en esta tarea reducciones presupuestarias y de alcance en la oferta de servicios sociales, siendo estas utilizadas como variable de ajuste de las políticas de austeridad. 4) Instalación en todas las áreas de la economía de derechos de propiedad privada sin restricciones (política de concesiones de los bienes públicos y comunes, más leyes y normas que limiten las facultades estatales de afectar el derecho de propiedad). 5) Liberalización del mercado del trabajo y restricción del alcance normativo de las instituciones que regulan las relaciones obrero-patronales (leyes laborales que propenden a la reducción o desmantelamiento del poder de los sindicatos y de las asociaciones profesionales). 6) Desgravación impositiva a los sectores de más altos ingresos. 7) Política macroeconómica centrada en el control inflacionario (Bancos Centrales Autónomos con metas inflacionarias fijas). 8) Abandono del rol redistribuidor de ingresos de la política fiscal (limitación del alcance de la política social). 9) Privatización de las empresas de propiedad pública y transferencia al sector privado de la ejecución del grueso de las funciones del Estado. 10) Privatización del sistema previsional y de seguridad social” (131-132).

¹⁹ Los acuerdos de Basilea son una serie de directrices elaboradas por el Comité de Basilea a finales de 1974, formado por los gobernadores de los bancos centrales del G-10, para evitar riesgos sistémicos en situaciones de pánico bancario o *bank run*, que tuvieron su origen en las turbulencias financieras registradas en los mercados de divisas.

Washington²⁰. Son estos últimos hechos históricos los que terminan por perfilar las características de la gubernamentalidad neoliberal.

La operación que el capitalismo neoliberal afinó en la fetichización mercantil de la sociedad –para asegurar la sujeción social y maquínica que podemos visualizar como el doblez de una servidumbre sofisticada y asegurada tanto en la experimentación de sus instrumentos de política económica, como en su despliegue informatizacional y comunicacional de obturación subjetiva– dispone una realidad que se percibe tautológica y transhistórica. Al modular una moralización de efectucción inconsciente, maquínica y automática, que se activa supeditada a los principios de la mercancía y su abstracción valor, el individuo queda en la deriva objetual de los flujos de intercambio; es decir, se conduce como si fuera un producto que se agota cada vez que logra concretar su abstracción dineraria, creyendo que administra su libertad. En esa línea de acción subjetiva, los (in)dividuos son incapaces de tomar nota de la instrumentación política económica que los mantiene reducidos al doblez servil, pues esa instrumentación pretrama sus deseos y, por tanto, calza con su “pensamiento” y con sus objetivos personales de desarrollo que no son otros que los instalados por las valoraciones del capital: trabajo, éxito, consumo, competencia, espectáculo, placer. Todos contenidos en la abstracción valor que totaliza toda relación: el dinero. Así, el gobierno de la sociedad asegura esta relación religiosa con el capital, cuya derrota permanente se fetichiza en la servidumbre como manifestación inherente que, sin embargo, parece su reverso: libertad.

La segunda fase del proceso de neoliberalización del país refiere al pacto que la clase política acordó con el dictador Augusto Pinochet

²⁰ El “Consenso de Washington” es un término acuñado por el economista inglés John Williamson en 1989 para referirse a un conjunto de diez políticas económicas de libre mercado que se promovieron desde instituciones financieras con sede en Washington, D.C., como el FMI, el Banco Mundial y el Tesoro de Estados Unidos, para ayudar a los países en desarrollo que enfrentaban crisis económicas. Las políticas incluían disciplina presupuestaria, reorientación del gasto público, reforma fiscal, desregulación financiera, liberalización del comercio exterior y del sistema financiero, entre otras.

para traspasar el poder a los civiles organizados en los partidos de la “concertación por la democracia”²¹, pues el poder en manos de los militares ya no generaba todas las simpatías de los inversionistas extranjeros. Se necesitaba un orden democrático que fuera representacional y un poder de policía que respetara acuerdos más allá de nuestras fronteras, pues la economía y la política ya no se regulaban solo de manera estatal-nacional, sino que habíamos ingresado en el mercado internacional desplegado por el orden mundial del capital²². Este orden mundial se caracteriza por hacer del estado de excepción la regla. Una forma de legalidad sobre lo no legalizable, aquel dispositivo que opera como totalitarismo sofisticado de derecho sobre la vida, en la medida en que puede suspenderla. Una guerra civil soterrada en la legalidad que, en palabras del filósofo Giorgio Agamben, “permite la eliminación física no solo de los adversarios políticos sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político, (...) estado de emergencia (...) no declarado (...) [como] una de las prácticas esenciales de los Estados contemporáneos, aun de aquellos así llamados democráticos” (Agamben, *Estado* 25). Ese es el estado de excepción en que nos dejó el golpe de 1973, instalando una normalización que en 46 años se afianzó con el capitalismo, sofisticando ese mismo

²¹ Proceso que la historiografía y la sociología de los años noventa denomina “transición” a la democracia, cuya lógica democrática en la práctica ha sido la “administración de la acumulación”, es decir, el momento en que la economía se politiza y la política se autonomiza de lo social, aquel movimiento que se eufemiza como modernización, desarrollo y progreso, pero que no es otra cosa que aquello que Marx denomina “acumulación originaria”. Esta politización del mercado tiene su contracara en la mercantilización de la política, pues a través del surgimiento del sistema competitivo de los partidos políticos –que compiten por la captura de votos ateniéndose a las mismas reglas con que los productos compiten por insertarse en el mercado–, la politización del mercado queda restringida a una desideologización de la política, aquello que Rodrigo Karmy denomina “el partido neoliberal” o “portaliano”.

²² Para el pacto dictadura/democracia, véanse los libros de Tomás Moulian y Willy Thayer indicados en la bibliografía.

“campo”²³ democrático que explotó en octubre de 2019, dejando al desnudo no solo la excepción hecha norma a partir del reclamo que sostuvo la revuelta, sino también la violencia con que las democracias gubernamentales del capital neoliberal nos permitieron constatar la genealogía de este estado excepcional. En resumen, se trata del develamiento de las estructuras a partir de las cuales se hizo carne el decreto de estado de emergencia y el toque de queda posrevuelta²⁴.

REFERENCIAS

- AGAMBEN, GIORGIO. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia, Pre-Textos, 2001.
- _____. *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004
- ALEMÁN, JORGE. *Capitalismo. Crimen perfecto o Emancipación*. Barcelona, NED, 2019.
- ALLIEZ, ÉRIC Y MAURIZIO LAZZARATO. *Guerras y capital. Una contra-historia*. Buenos Aires/ Lanús/Barcelona, Tinta Limón/La Cebra/ Traficantes de Sueños, 2021.
- AMIN, SAMIR. *La acumulación a escala mundial: una crítica de la teoría del subdesarrollo*. Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1985.
- AVELAR, IDELBER. *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2000.

²³ El campo es el espacio que se abre cuando el estado de excepción empieza a convertirse en regla (Agamben, *Medios* 38).

²⁴ Se estima que durante la revuelta perdieron la vida 31 personas. El reporte del INDH al 19 de marzo de 2020 en hospitales, respecto de las violaciones de los DDHH post revuelta de octubre 2019, da cuenta de lo siguiente: personas heridas: 3.838 (hombres 3.088, mujeres 462, niños, niñas y adolescentes 288), origen de las lesiones: bala 53, balón 193, perdigones 1.687, lacrimógenas 298, golpes 1.411, no identificadas 196. Heridas oculares: 460.

- CRISTI, RENATO. *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*. Santiago, LOM, 2021.
- DE ANGELIS, MASSIMO. “Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas”. *Revista Theomai* vol. 26, 2012, pp. 1-20, web, disponible en: http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero%2026/contenido_26.htm
- DE CASTRO, SERGIO Y JUAN CARLOS MÉNDEZ (eds). *El Ladrillo. Bases de la política económica del gobierno militar chileno*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 1992.
- DOBB, MAURICE. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1971.
- EHRENBERG, ALAIN. *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- FEDERICI, SILVIA. *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.
- FOUCAULT, MICHEL. *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- HARVEY, DAVID. *Breve historia del Neoliberalismo*. Madrid, Akal, 2007.
- _____. *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid, Akal, 2012.
- HOLLOWAY, JOHN. *Agrietar el capitalismo: el hacer contra el trabajo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2011.
- JAPPE, ANSELM. *Las aventuras de la mercancía*. Logroño, Pepitas de calabaza, 2016.
- KARMY, RODRIGO. *El fantasma portaliano. Arte de gobierno y república de los cuerpos*. Temuco, UFRO, 2022.
- KURZ, ROBERT. *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Buenos Aires, Marat, 2016.
- LAVAL, CHRISTIAN Y PIERRE DARDOT. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa, 2013.

- LENIN, VLADÍMIR. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Santiago, Quimantú, 1972.
- LOUREIRO, ISABEL. “Memoria. Todo eso que Rosa Luxemburgo le dice al presente”. *Revista Ñ, Clarín*, 2021. Visitado el 29 de agosto de 2022. Disponible en: <https://correspondenciadeprensa.com/?p=17201>
- LUXEMBURGO, ROSA. *La acumulación del capital*. Ciudad de México, Grijalbo, 1967.
- MARX, KARL. *El capital, Libro I, Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- _____. *El capital, Tomo I, Libro primero, Vol.3*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2016.
- MOULIAN, TOMÁS. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago, LOM, 2002.
- POSTONE, MOISHE. *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid, Marcial Pons, 2006.
- ROMÁN, ENRIQUE. *El Neoliberalismo en Chile, Volumen I. Desde el arribo de los Chicago Boys hasta el triunfo de NO. 1960-1990*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2021.
- SALAZAR, GABRIEL. *Historia de la acumulación capitalista en Chile. (Apuntes de clase)*. Santiago de Chile, LOM, 2003.
- SMITH, ADAM. *La riqueza de las naciones*. Madrid, Alianza Editorial, 2016.
- THAYER, WILLY. *La crisis no moderna de la universidad moderna*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2006.